

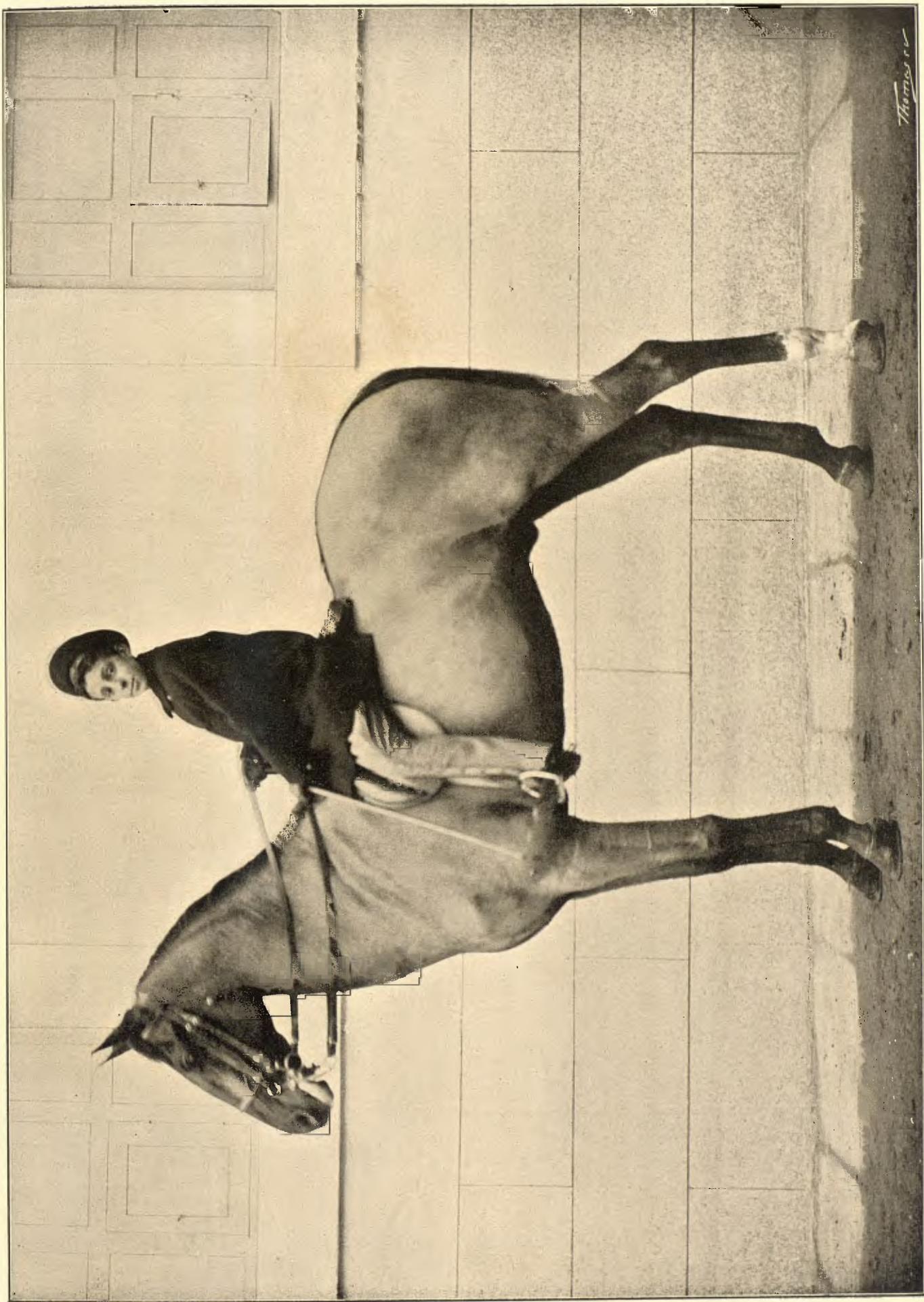
Hispania



D. BAIXERES V.

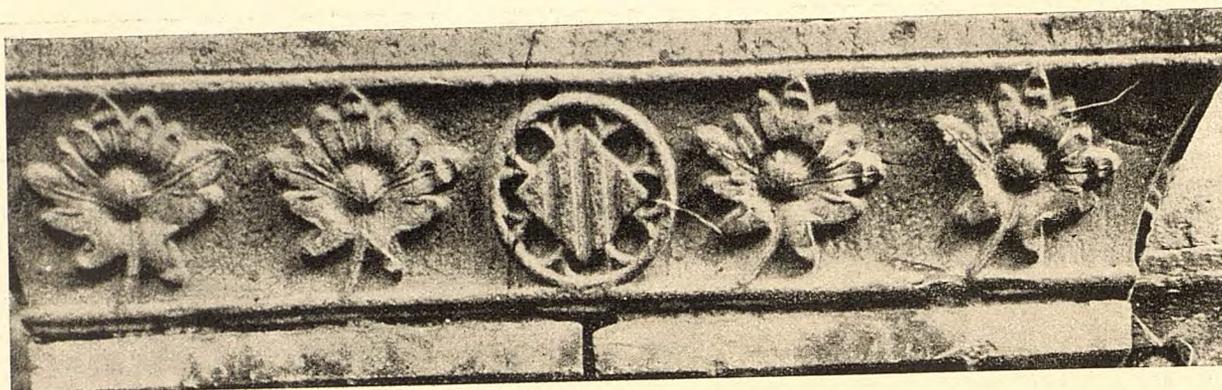


V. MASRIERA.—BIOMBO



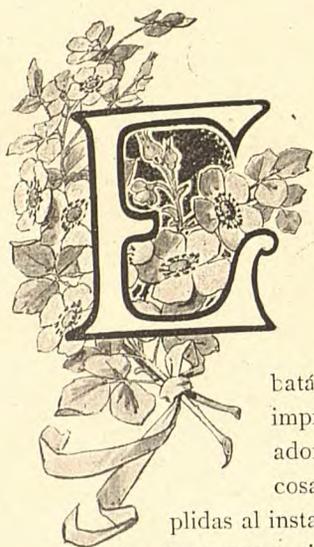
S. M. EL REY DON ALFONSO XIII, EN TRAJE DE PICADERO

L. Roig de Luis, fot.



Basilica de Santa María de Ripoll

CUENTO DE REYES



En el amplio despacho, de severo y modesto mueblaje, hallábase reunida toda la gente de casa en torno á la chimenea, donde ardía el cok en vivísima hoguera de un rojo intenso. Los cuatro niños — el mayor de ocho años — habíanse sentado en el suelo y charlaban sin cesar, arrebatándose la palabra, entregados á una de esas improvisaciones imaginativas con que la niñez adorna y acrecienta la realidad futura de las cosas que desea febrilmente y quisiera ver cumplidas al instante. Mucho más cerca del fuego, el abuelito, que apenas si lograba templar el frío implacable de los años, escuchaba con sin igual delicia, encogido en la mullida butaca, aquel hablar impetuoso, signo de vida pujante que por todos lados brota y se manifiesta en todas ocasiones; y de vez en cuando, cruzaba miradas de inteligencia con la madre, que de pie, al lado del balcón, pretendía leer un periódico y á cada paso lo dejaba para atender á los niños.

Anocheecía prematuramente. El cielo, cubierto de nubes de un gris plateado que amenazaban resolverse en nieve, adelantaba el crepúsculo y entristecía los últimos momentos de la tarde. El soberbio horizonte que desde el balcón se dominaba — horizonte de valles y cerros, terminado en altísimos montes — se iba borrando con velos de niebla suavísima, que apagaba más y más el verde desmayado de las praderías y esfumaba las masas oscuras, de un tinte carmíneo á veces, de los árboles desnudos de hojas. Y en medio de la dulce alegría que á la madre y al abuelo llevaban á cada instante la presencia de los pequeños y el timbre de sus voces queridas, notaban ambos que una mortal tristeza les iba invadiendo el espíritu, tristeza emanada á la vez de la naturaleza ensombrecida y de los recuerdos de amargas pasadas. Cada disminución en la luz crepuscular, les echaba en el alma un nuevo velo de negruras; y sin decírselo, sentían que á cada momento,

aquel cariño de ambos que se juntaba sobre las inquietas cabecitas de los niños, impregnábase de un dejo de compasión irresistible, como si en vez de envidiarles la frescura de vida, se doliesen de verlos entrar, tan despreocupados y sin miedo, en la selva enmarañada y dura del mundo.

Bien ajenos á estas cavilaciones, los cuatro hermanitos dejábanse llevar por la atractiva inspiración de sus sueños poéticos. Buscaban ahora apoyo en la realidad circundante para seguir fantaseando; el mayor, con cierta malicia escéptica y cierto afán de deslumbrar á los pequeños; éstos, con inocente y natural espontaneidad, que les arrastraba de modo irresistible. Por centésima vez en el día, volvieron á mirar un gran cuadro que colgaba de la pared, frente al balcón, iluminado ahora por aquella luz grisácea del crepúsculo y también, de costado, por reflejos brillantes de la chimenea. Era un lienzo antiguo, de factura holandesa, que representaba la Adoración de los Reyes Magos. En el centro, la Virgen, cubierto el busto por plegado manto que destacaba su azul verdoso sobre una especie de dorado tapíz, tenía en el regazo al tierno infante, desnudo del todo, coronado por el divino nimbo. Á los lados, los tres monarcas orientales, con caras de vulgarísimos burgueses flamencos, trajeados de una manera medio convencional, medio realista, acercábanse adorando al niño Jesús y trayéndole ricos presentes; y en lo alto, sobre la arcatura de un pórtico que llenaba el fondo, lucía la estrella de oro, dejando caer un haz de rayos blanquísimos semejante á la cabellera de un cometa. Apesar de la costumbre que tenían de ver aquellas caras, protestaban los niños de semejante representación de los Reyes. Las imágenes nacidas en su fantasía, eran muy otra cosa; y, además, como dijo el mayor, las figuras de barro del Nacimiento, «tenían otras caras».

— Y van montados, — añadió el segundo-génito, preciosa niña de suaves ojos azules. Dirigiéndose al abuelo: ¿Vendrán á caballo, ó á pie? — preguntó enseguida.



Antes de que contestara el anciano, ya los otros dos pequeños habían dado su opinión, naturalmente, distinta. Ambos reconocían á los Reyes el indiscutible derecho de ser plazas montadas; pero quería el uno que viniesen en borriquillos morunos y el otro en velocípedos, por parecerle esto cosa más nueva y más digna de la majestad y riqueza reales. Á lo menos, á él, si le dejasen manifiestar sus preferencias, escogería el velocípedo.

La conversación giró al momento sobre cosas más positivas: — ¿Qué traerán los Reyes? Y aunque ya varias veces lo habían preguntado, insistieron en averiguar si llegarían aquella noche, aquella misma noche.

— ¿Qué duda cabe? — dijo la madre apartándose del balcón y viniendo á juntarse con los pequeños. Vendrán; es el día fijado.

— ¿Pronto, pronto, antes de cenar? — apuntó la niña.

— Creo que no. Cuando ellos vengán, estareis ya durmiendo. Tienen mucho que hacer en el camino, y es natural que tarden.

— ¿Pero nos oirán ahora, si les pedimos cosas chillando mucho, mucho? — preguntó el tercero con vivo afán.

— Sin que chilleis — contestó el abuelo, temeroso ya de las voces de los niños. — Son de oído finísimo esos señores.

— ¿Vamos á cantarles en el Nacimiento? — insinuó el chiquitín.

No fué necesario más. Como grupo de alborotados pajarillos, que de improviso levantan el vuelo piando loca-

mente, pusieron en pie los cuatro hermanos para correr hacia la galería, donde el Nacimiento, con sus figuras pintarrajeadas, sus montes de cartón y *rocaïlle*, sus placas de musgo arrancadas del vecino prado, esperaba para animarse que los niños encendieran las luces y golpearan la alegre pandereta. Allá fueron todos con febril algazara, deseosos de agasajar mucho á los Reyes y congraciarse con ellos; y las infantiles voces sonaron bien pronto con brillantes tonalidades que, apesar de su desconcierto, parecían fundirse en una rara y briosa armonía.

Quedaron solos el abuelo y la madre. La luz del crepúsculo se había apagado de tal modo, que no marcaba más que un rectángulo ceniciento sobre los cristales del balcón. El despacho se llenaba de sombras; y por contraste, el fuego parecía más vivo, más rojo, enviando á todos lados reflejos de incendio. Llamados en aquella hora sombría, evocadora de todos los recuerdos tristes, á consoladora intimidad, padre é hija hablaron de sus dos mayores preocupaciones: los pequeños, que comenzaban á vivir, y los mayores que habían muerto.

La doble viudez trajo abrumadora tristeza á la casa, antes alegre. El anciano, infatigable luchador de la inteligencia, que vió con estupor cómo desaparecía de su lado la compañera de toda la vida, vió también defraudada la esperanza de una prosecución de su obra en el mundo, con la prematura muerte del que era á la vez nuevo hijo y discípulo, á quien la envidia miserable, armando el brazo de la inhumana venganza, había arreba-





ilusiones que allá fuera tenían en impaciente espera á los niños?...

El fondo del cuadro empezó á retroceder, alejándose, alejándose, metros, kilómetros, claramente visible por cierta luz misteriosa de un suave tono plateado; formó una bóveda larguísima, sostenida á un lado y otro por columnas de mármol blanquísima; y la perspectiva era tan natural y perfecta, que

tado en plena granazón. Y desde entonces, cada vez que se hallaban solos, lejos de las escrutadoras miradas de los niños, padre é hija volvían sobre el inolvidable drama, siempre presente á su memoria.

Aunque hablaban con cierto misterio, para que desde fuera no les oyesen, la voz del anciano tenía acentos de indignación, de emocionada protesta contra las miserias, las injusticias, los horrores de la condición humana, más salientes para él que para otros, no sólo por el cruel golpe recibido, sino también por el ágrío contraste con el optimismo tan natural á los obreros de la inteligencia, que, viviendo en un mundo abstracto, pierden de vista la realidad de las pequeñeces sociales. Poco á poco, la conversación fué languideciendo, trocándose de una parte en ahogados sollozos, de otra en frases entrecortadas y nerviosas. Al fin, reinó el silencio... Parecían haberse dormido padre é hija; y en aquella calma de sepulcro, destacábase con mayor fuerza los cánticos y voces de los niños, arrebatados en inocente y exaltada alegría.

La noche era ya completa. Los cristales del balcón no transparentaban mancha alguna de luz, y el fuego de la chimenea había crecido en color y en siniestros reflejos. El anciano, vuelto de cara hacia el testero donde colgaba el cuadro de la Adoración, podía ver, iluminada de rojo, gran parte de la figura de un Rey, que parecía bañada en sangre. ¿Qué extraña combinación de imágenes se formó en la mente del dolorido viejo, para que comenzase de pronto á notar movimientos de vida en el pintado lienzo, y se sintiera súbitamente contaminado por las mismas

al aparecer al final, en lo más lejano, un grupo de hombres, no mostraba tamaño mayor que muñequitas.

— Ya vienen — pensó el anciano. — Son ellos. Y le palpité el corazón como, cuando niño, esperaba á los Reyes entre impaciente y miedoso.

El grupo fué avanzando y creciendo: era toda una comitiva de gentes variadas, unas á pie, otras á caballo y en camellos, conduciendo numerosos bultos.

— Son los regalos — siguió pensando el visionario. — Pero no veo más que dos Reyes: ¿y el otro, el otro? Movió un momento la vista y dió con él.

— ¡ Ah, vamos! está aquí ya; es este que va de rojo. Llegó antes y les espera.

Seguían avanzando, con extraordinaria rapidez. Muy luego estuvieron todos á dos pasos del anciano. Descabalaron los jinetes, y uno de los Reyes, de lengua barba blanca y cabellera canosa, acercóse á la butaca.

— La hora es llegada, — dijo. — Píde. Te será dado cuanto desees. Es la noche de las ilusiones y de los inocentes apetitos. Píde.

— No es á mí, no — creyó contestar el anciano. — Viene equivocada Vuestra Majestad. Son aquellos, los de la galería, mis nietecitos, que aguardan impacientes..

— ¿ No eres tú niño como ellos? — interrumpió el Mago. — Los hombres vuelven á la infancia muy á menudo. Todos sois niños en el desear y en esperar un milagroso regalo.

— ¡ Niño! Sí, puede que lo sea... Lo soy, sin duda, puesto que Vuestra Majestad lo dice, — balbuceó el an-

ciano.—Y ¿qué puedo pedir, qué puedo escoger de vuestros santos bagajes?

— Pide. ¿Quieres años de vida? Los viejos, somos por lo general miedosos de la muerte.

— ¡Yo, no, no! Créalo Vuestra Majestad. No pretendo torcer el curso natural de mi existencia. Viví cuanto era posible. Trabajé por la verdad y por el bien. Ya nada podría hacer en este mundo, ni por mí ni por los otros. Dejemos que la lámpara se apague por sí misma en el momento fijado.

— ¿Quieres oro?

— Nunca lo ambicioné.

— ¿Qué desearías para ser feliz? Algo hemos de dejarle como señal de nuestro paso. Nuestras manos están hoy abiertas. Pide con fe y te será concedido.

Vaciló el anciano ante una idea que le surgió de pronto en el cerebro. Dulcisima esperanza brilló con tenue claridad en su espíritu... Con honda emoción, con palabras nacidas de lo más profundo y sano del alma, pidió así:

— Para mí no quiero nada. Contento estoy de lo que logré en la vida. Toda ella la acepto y la bendigo, con sus afanes, con sus dolores, con sus desengaños. Luchando he pasado por ella, siempre descontento de mi obra, siempre confiado en mi ideal. He buscado la verdad con ansia infinita, y mil veces me engañó el deseo de verla cara á cara. Recibí, no obstante, más de lo que merezco. Al través de los más agudos reveses, seguí caminando con la resignación en el alma, sin doblegarme, sin protestar, sin maldecir... Pero á medida que avanzaban los años, una honda amargura iba llenándome el corazón, porque á todo me resigné menos á la falta de amor entre los hombres. El gran anhelo de mi vida, yo que he querido tanto, ha sido que todos me quisiesen. Creí que para ello bastaba no hacer mal á nadie, dar á los otros el mayor bien posible. Ni aun así me libré de la más grande tristeza que puede caer sobre un verdadero hombre: tuve enemigos; me persiguió la envidia; me desconoció la ingratitud; me engañó la hipocresía; me calumnió la malicia; me hirieron las maldades todas con cruel y terrible golpe... Á todos perdono; á ninguno guardo rencor; de nada ni de nadie me duele el daño recibido sobre mi persona y mis bienes, ó sobre los que más amé en el mundo... No pido venganza. No odio á los delincuentes. Pero lloro lágrimas de sangre por el delito. Lo que en todo eso me conmueve y me amarga es que sea posible; es que los hombres se lleguen á odiar, á envidiar, á maldecir, á perjudicarse mutuamente; que no se miren como hermanos; que puedan ser enemigos unos de otros. Quisiera antes de morir el consuelo inmenso de que todos los que me han hecho

daño viniesen á juntar su mano con la mía y á decirme que me aman, como hermanos míos que son. Que no me teman, ni me odien más por el temor. No, no les quiero mal; pero necesito que me amen... He ahí lo que pido. Puesto que me ofrecéis dones, dejadme ese, no para mí, para todos... Borrada del lenguaje humano la palabra «enemigo», la más cruel y amarga de todas.

Calló el anciano, y afanoso miró al Mago, que sonreía tristemente.

— Hace diecinueve siglos — contestó — que Aquel á quien fuimos á adorar, vino al mundo para eso que tú pides. Dió su vida en prenda; y con ser tan grande el sacrificio, no ha logrado aún fructificar entre los hombres. No está en nuestra mano hacer más de lo que el divino ejemplo no ha hecho.

Rápidamente, fuéronse borrando, tras estas palabras, las figuras de la comitiva regia. Tendió hacia ellas sus brazos el anciano, queriendo detener al venerable Rey que desaparecía; y con mortal angustia, le gritó:

— Y esos, esos que ahí fuera os aguardan, ¿quedarán entregados también al odio de sus semejantes? ¿No tendréis misericordia de ellos?

Á punto de extinguirse, la sombra ya lejana del Rey volvió la cabeza, y sus labios se movieron diciendo algo.

El anciano oyó las palabras, escuchó la sentencia:

— Ellos mismos han de redimirse. En medio de lágrimas, nacerá el amor.

Borróse del todo el cuadro.

Al despacho llegaron entonces, más alegres y alborotadas que nunca, las canciones de los cuatro niños que seguían pidiendo á los Reyes.

RAFAEL ALTAMIRA





Croquis inédito de Eusebio Planas

DESFILE DE L

CRÉAME V. caballero — me dijo Ignacio, el cochero veterano — créame V. esa vistosa y tradicional ceremonia va de capa caída; á mí las apariencias no me engañan y se lo que me digo; la fiesta no es hoy lo que fué un tiempo; en el mío... ¿Y sabe V. por qué?

— ¿...?

— Pues porque falta lo principal: falta la fe.

— ¿La fe?... — salté algo asombrado.

— Ni más ni menos. Falta la fe... ó, si lo prefiere V., la convicción. Hoy día no hay convicciones; no señor, no las hay, y así como se han perdido tantas y tantas convicciones religiosas y políticas, también se ha ido al suelo, la convicción que antes se tenía, tan firme, tan arraigada en los *Tres Toms*.

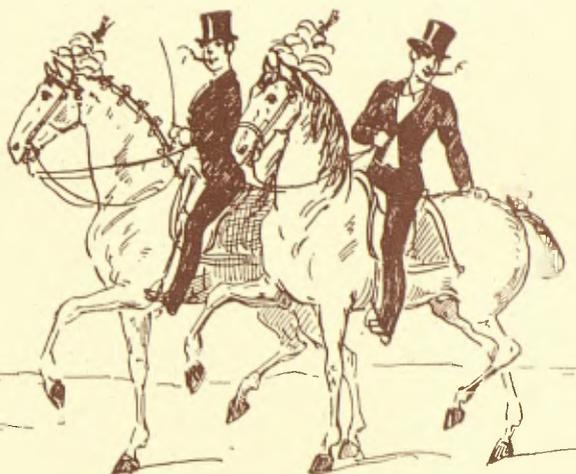
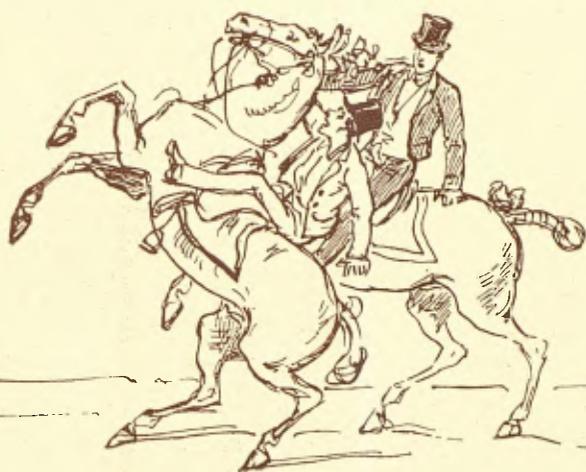
— Me parece que V. exagera un poquito... — observé en tono conciliador.

— No exagero nada. El excepticismo que lo invade todo, conforme V. no ignora, ha penetrado en esta hermosa fiesta y ya verá V. lo que queda de ella dentro de pocos años.

Arrojó el señor Ignacio un hondísimo suspiro, se puso á liar

un cigarrillo, aspiró metódicamente algunas bocanadas de humo y luego prosiguió con voz pausada y entonación casi adolorida.

— ¿Sabe V. cuantos años cuento ya? Setenta y cinco. Ha tres que vendí mi cochería, porque me sentía algo achacoso y porque viene una edad en que el hombre necesita descansar porque contando con un buen pasar, me dije que sería grato tontería seguir trabajando y pagando contribución al gobierno que la pague otro... Si de setenta y cinco saca V. tres, quedan setenta y dos; y como yo entré en el oficio á los doce, resulta que he andado metido en cuadras y alternando con cocheros, caballos y cocheros, sesenta años justos y cabales. Y como los catorce y gracias á mi especial vocación por la carrera sabía yo tenerme muy bien sobre un potro, aunque fuera de pelo, y guiaba un carruaje con tanto ojo y tanto pulso, como si hubiese llevado medio siglo de práctica, tiene V. que de dicha edad empecé á tomar parte, á cada San Antonio me nos enviaba el Calendario, en los *Tres Toms*. Y hasta los sesenta y ocho, en que tuve la desgracia de romperme



Colección - Casellas

S "TRES TOMS"

pierna, seguí luciendo el garbo por esas calles de Dios, á cada 17 de Enero, sin faltar uno solo. Ni uno solo ¿entiende V.?... pues mire, recuerdo que una vez, el setenta y seis, creo que era, me levanté de la cama en donde estaba con unas calenturas de todos los demonios y á pesar de la prohibición del médico y de los gritos de mi mujer, me planté sobre el lomo del *Galán...* y á la calle con los compañeros. Y no solo no me morí de aquella, como me decía el mata-sanos, sino que volví á casa, casi curado.

— De modo que según sus cálculos «ha hecho» V. cincuenta y cuatro años seguidos los *Tres Toms*?

— Sí señor; cincuenta y cuatro años — repuso con noble orgullo el señor Ignacio. — Con que ya ve V. si conoceré el asunto y si puedo hablar de él.

— Indudablemente. Es V. una autoridad en la materia.

— Pues porque lo soy, aunque me esté mal el decirlo, le digo á V. que falta la fe, que no hay ya convicciones, que la gente moza del gremio no lleva á esta hermosa fiesta aquel noble entusiasmo de mis buenos tiempos. ¿Creerá V. que hay

hombre que toma nuestra cabalgata en guasa y que desdeña el formar parte de ella, siendo así que en mis mocedades era considerado como un altísimo honor el figurar en la comitiva y pasear el rumbo por estas calles de Dios, haciendo caracolear un caballo bien empenachado?... ¡Ah! caballero — añadió el señor Ignacio, cuyo rostro se animó, rejuvenecido por el calor de sus recuerdos — ¡cuando pienso que ese día del diez y siete de Enero lo tenía yo por el más venturoso y el más deseado de todo el año, y lo esperaba con ansia y lo gozaba con una satisfacción, casi diría celestial!... Apenas si empezaba á rayar el día, ya me tenía V. en la cuadra limpiando y frotando el caballo que había de montar y que salía de mis manos hecho un sol; luego me tocaba á mí: no fui nunca presumido ni afeminado, ni coquetón; pero aquel día... lo que es aquel día necesitaba tres horas largas para acicalarme y componerme. Verdad es, que cuando me plantaba en la calle á punto para poner el pie en el estribo, estaba yo con mi pantalón y mi chaquetilla de paño fino y ajustado como un guante, con mi corbata y mis guantes blancos, como la nieve, con mi chie-

tera que resplandecía tanto como mis botas de charol y con mis botas que chispeaban tanto como la chistera, estaba yo, vuelvo á V. á decirle, tan arrogante y tan guapo, cual pudiera estarlo el mismo *Galán*, el mejor caballo que haya montado en mi vida y que durante diez años lució su pelo y su penacho por estas calles. Recuerdo, sobre todo, un año, año memorable entre los memorables. Bebía yo, entonces, los vientos por la más gallarda moza que hubiese en el *Padró* y hasta diré en todo el casco de Barcelona: no me miraba ella en malos ojos, muy al contrario; pero tenía yo un rival y un rival temible: un tal Olegario, que aunque bastante feo y desgarbado, me llevaba la ventaja de ser rico; como que era el hijo del señor Garrufau, el antiguo cochero del Borne. Á mi Coloma no le hacía maldita la gracia el Olegario, pero á su padre sí, por lo del dinero; por lo que se veía la chica muy soliviantada y yo auguraba muy mal de mi pleito. Tanto que llegué á perder las esperanzas y hasta creo que habría emigrado á las Américas por no soportar la tristeza y la humillación de ver á mi prenda en brazos de otro; pero no hubo necesidad de ello, gracias al milagro que obró nuestro glorioso San Antón.

— ¡Milagro!... — dije admirado.

— Y de los buenos; de los legítimos. Figúrese V. que llega el gran día y que salimos los del gremio formando tres comitivas que daban el opio. En la mía se pavaneaba el Olegario, vestido como un príncipe y con cada brillante en la camisa, que deslumbrara á un ciego. Y para acabar de fastidiarme, iba el condenado, caballero en un jaco estupendo, como no había otro mejor ni más lucido en toda la cofradía. En fin, que se llevaba tras sí las miradas de todo el mundo, las de Coloma inclusive, y que no había ojos más que para él, lo cual, como ya puede V. suponer, me hacía tragar más hiel y vinagre que no le dieron á Nuestro Señor Jesucristo.

Pero cuando más rabioso estaba yo, salió el Santo con el milagro... ó que tal me pareció á mí. Acababan de echarnos á las bestias y á nosotros la bendición de rúbrica, delante de la Iglesia, y emprendíamos de nuevo la marcha, cuando á Olegario, en su empeño de hombrearse y de meterno sus gracias por los ojos, se le ocurre el obligarle á su montura á caracolear como hacen los maestros: el animal era de sentido y en vez de obedecer á la rienda y á la espuela, se levanta de pies y luego resbala sobre el empedrado y se cae... y ya me tiene V. al muchacho apeándose por las orejas y besando el santo suelo, en medio de un coro de risas y de rechiflas, bastante para dejar allí mismo de cuerpo presente á un hombre de honor. ¡Que Dios me perdone! pero alegría como la que tuve entonces, no la he vuelto á tener en mi vida. Y como que Coloma presencié el lance y se reía como una bendita, inútil es decirle á V. que Olegario perdió en aquel punto todo su prestigio y todas sus probabilidades, no obstante los patacones de su padre. Y yo me casé seis meses después con Colomita.

Sonrió el señor Ignacio al evocar el recuerdo, encendió otro cigarrillo y concluyó:

— Pero los *Tres Toms* no son ya lo que un día fueron.

H. M.



ACUARELA DE A. MAS Y FONDEVILA



LA ADORACION DE LOS REYES

CUADRO AL OIL, ATRIBUIDO A VERGARA, EXISTENTE EN LA PARROQUIA DEL DIO.



O. JUNYENT — ESCALERA ALTA DE LA CATEDRAL DE BURGOS



Basilica de Santa María de Ripoll

COBRAR EL BARATO

BIEN haya la civilización con todos sus horrores!

Hay que decirlo así, hoy que vuelve á levantar la cabeza en nuestra Patria el partido de las viejas tradiciones y de las pasadas añoranzas.

Encomio la civilización por dos razones: Es la una, porque soy hijo de ella, y no es buen hijo el que no hace honor á su madre.

Y es la otra... que ella nos ha librado, en todos los ordenes de la vida, de aquellas costumbres empecatadas que hacían reina del mundo á toda la truhanería malandante.

Y como no hay cosa peor que hablar de lo que no se entiende, y, por otra parte, nadie conoce mejor su casa que el que vive en ella, yo, que vivo en Sevilla desde que en ella nací—¡y ya han pasado algunos ministerios y ha llovido más de un chaparrón!—puedo dar fe de la exclamación que hago al comenzar, y, como hijo de mi tiempo, rendirle el tributo de que es merecedor por la libertad que nos ha concedido, bien que sometiéndonos á otras esclavitudes tarifadas con la mayor escrupulosidad y exactitud.

Uno de los tipos más característicos de Andalucía á mediados del siglo que está agonizando fué el baratero; y una de las industrias que por entonces producían más y mejor era la de... *cobrar el barato*.

Los que á esta industria se dedicaban eran, por regla general, *mozos crüos*, gente toda de pelo en pecho, pupilos, presuntos ó pasados, de los mejores y más renombrados presidios de la Península.

Y así como Fernández y González decía del Cid:

« Sus arleos son las armas,
su descanso el pelear, »

el arreo y las armas de aquella truhanería eran su duro y bien presillado marsellés, su faja de seda, calzón corto, boto—que no botín—de cuero, cien veces suavizado con manteca; sombrero calañés, petaca de Ubsique, tabaco de contrabando traído á Sevilla por Perico Lacambra, y... la navaja de muelles sevillana, comprada en los escondidos zaquizamies de la antigua calle de la Plata.

El baratero, como el chocolate—ambos muy españoles—siempre han sido falsificados.

El baratero de pergaminos, de *casta*—vamos al decir—casi siempre era valiente de verdad. Su historia corría de boca en boca por todos los mentideros, y sus nobles acciones—que casi siempre la nobleza y la valentía van acompañadas—eran conocidas casi tanto como el Ave-María y el Padrenuestro.

Consistía el *cobrar el barato* en llegarse uno de esos valientes adonde quiera se manejaba una baraja, que nunca se manejaba sola, sino acompañadas de las antiguas

jaras de Carolus IV; escupir por el colmillo, cuando lo podía conservar, que entonces, como ahora, también se daban bofetadas de cuello vuelto y los colmillos salían á pasear; y... en decir: — ¡ *El barato!*

Y por regla general, el barato siempre se pagaba cuando el baratero lo era de verdad.

(Hoy también se paga el barato, pero... lo cobra la policía. ¡Corrupciones de los tiempos!)

Pues bien; el baratero, por entonces, degeneró, y degeneró en la chusma.

La chusma, en todo tiempo, ha sido débil y astudiza, tanto como amenazante y voceadora.

Los barateros de cartel ejercían en los burdeles formales.

Los barateros de baratillo acostumbraban á ejercer fuera de puerta, cobrándole á la arriería.

Por entonces, el llamado Mercado del Barranco, situado en el antiguo Puente de Triana, era el sitio adonde acudía toda la arriería extremeña á la compra de sardinas, pescado en aquel tiempo muy solicitado y que era conducido á Sevilla en innumerables faluchillos de Ayamonte, Rota, Huelva, S. Juan del Puerto y aun de la costa de Portugal.

Los arrieros en general siempre han sido algo arrimados á la cola; pero los arrieros extremeños, por entonces, lo eran algo más.

Era costumbre entre ellos, después de hacer sus compras de sardinas, pagar al baratero *porque sí*, porque se presentaba, ejerciendo influencia sobre su candidez, y les exigía *el barato*.

Sucedió que uno de los arrieros, nuevo en el oficio, y algo remiso en eso de pagar sin llevarse mercancía, hizo su compra, y al salir dióse de cara con uno de los barateros.

— ¡ Oye, tú — dijole el baratero — ¡ er barato!

— Eso, ¿ qué es? — contestó ágricamente el arriero.

— Eso es... que tí aquí que pagá.

— Yo ya he pagao abajo... ¡ Arre! — dijo á las bestias.

— ¿ No oyes tú?... Que aquí hay que pagá, ó... peleá conmigo — dijo el baratero engallándose.

— ¡ Pá luego es tarde! — contestó el arriero; y echando mano á la *gallarda* de fresno ó acebuche, que llevaba terciada en la faja por detrás, se enredó á darle varazos.

El baratero se puso en facha con la navaja abierta, y brinco acá, y salto allá, era tal el número de varazos que le daba en remolino el arriero, que no podía acercársele.

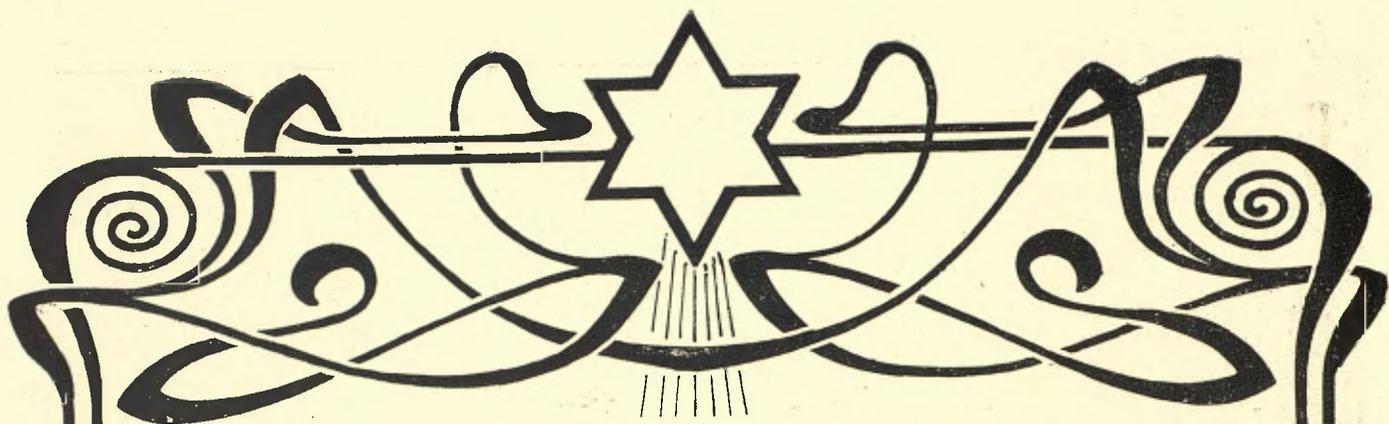
En esto, el baratero, decíale:

— ¡ Dame juego... Dame juego!...

Y contestóle el arriero cruzándole la cara:

— ¡ Pá jueguecitos estamos! ¡ Pá jueguecitos estamos!...

J. RODRÍGUEZ LA ORDEN



MIS REYES MAGOS

Dejé interrumpida la grave lectura,
oyendo cercano y alegre clamor :
tropel bullicioso, con loca soltura,
pasó de las hachas al vivo fulgor.

Escalas llevando mozuelo ignorante,
de roncas cencerras al ágrío sonar,
y oliendo á vapores del vino espumante,
va, los Reyes Magos, la turba á esperar.

¡ Oh, gratas creencias del cándido niño,
hermosas visiones de un sueño gentil !
¡ Oh dulces mentiras que inventa el cariño,
oh goces ansiados del alma infantil !

¡ Ay Dios, qué lejanos !... La triste viajera
de pálido rostro mi hogar visitó :
vendrá todavía, con planta ligera ;
llevóse á los míos... y espérala yo.

— ¡ Qué turba insensata ! ¡ Qué necia alegría ! —
volviendo las hojas del libro, pensé...
Y así, meditando, la noche corría...
quedéme dormido, dormido... y soñé.

Dos reyes ancianos, de níveos cabellos,
un joven monarca de negro color,
corceles fogosos, cargados camellos,
cruzaron mi calle con prisa y rumor.

Retumban los golpes que dan á mi puerta ;
sonaron las trompas ; gritó Baltasar :
— Te llaman los Reyes : arriba, despierta,
y elige el regalo que te hemos de dar. —

— Pues dame, oh monarca, tan solo un presente,
salud, y cumplida verás mi ambición. —
Buscó en sus riquezas el rey del Oriente
y luego me dijo : — No traigo ese don. —

Con noble talante, Gaspar le seguía ;
habló : — ¿ qué deseas ? — Y yo respondí :
— ¡ Oh rey, sólo quiero la santa alegría ! —
— El don que tú quieres no tengo yo aquí. —

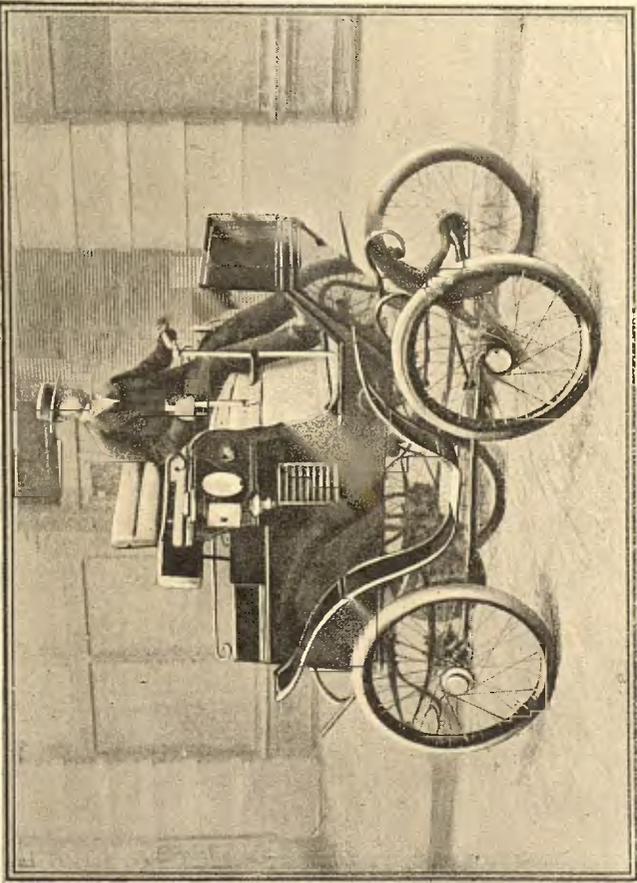
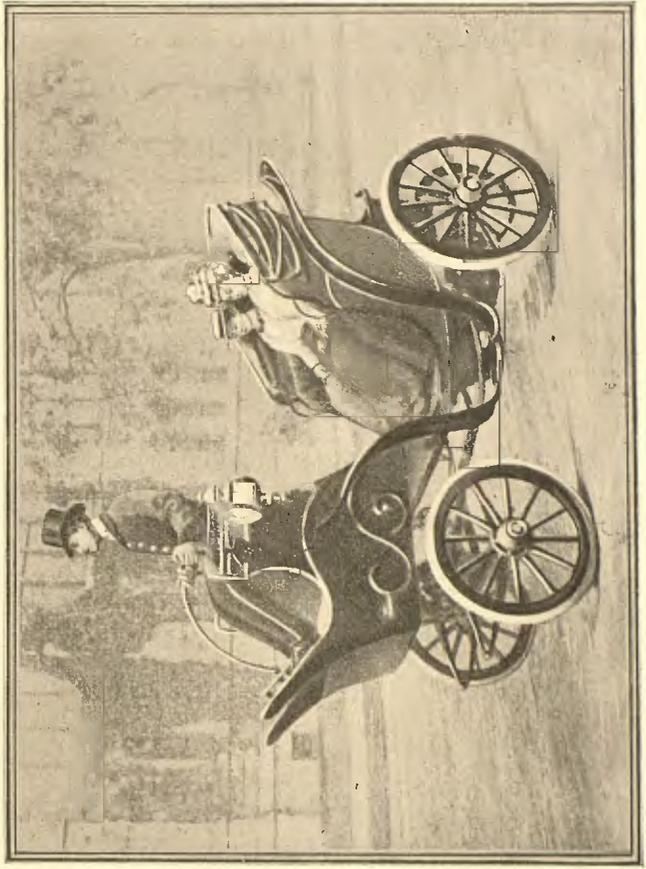
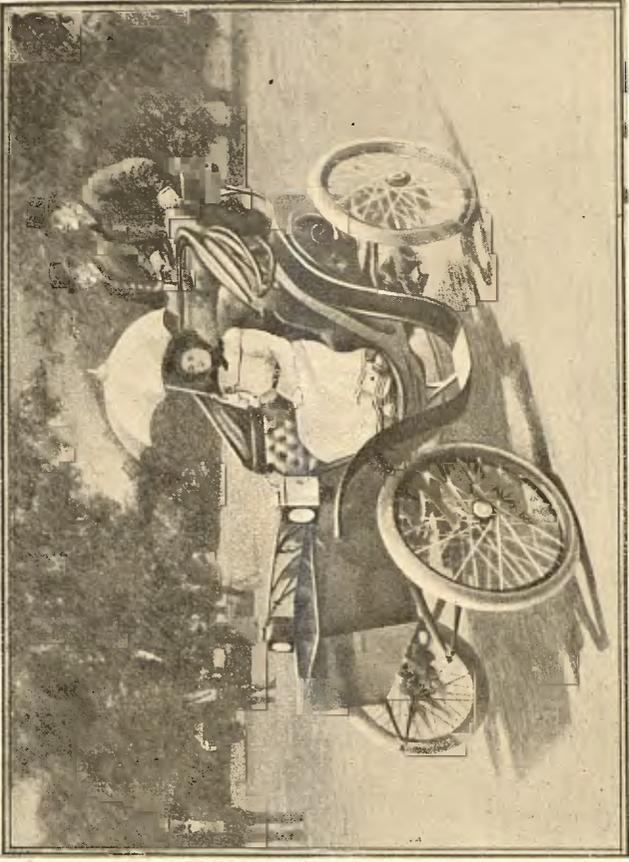
Melchor á mi puerta llegó sin tardanza,
mostrando tesoros de enorme valor,
y díjome : — pide. — Pedí la esperanza...
— No traigo esperanzas, — repuso Melchor.

Sonó de las trompas la marcha festiva,
de fieros corceles el largo trotar,
perdióse en la niebla la gran comitiva...
y yo, solo y triste, dejé de soñar.

Al fin las quimeras de sueños tan vagos
vencidas huyeron y ví amanecer :
la luz dió en mis canas... ¡ Ya no hay reyes magos,
que dones tan ricos me puedan traer !

JOSÉ DE NELILLA

Sevilla, Enero, 1900



ÚLTIMOS MODELOS DE COCHES ELÉCTRICOS

PANORAMA NACIONAL

BELLEZAS DE ESPAÑA Y SUS COLONIAS



Lo forman 2 preciosos albums, lujosamente encuadernados,
que contienen cada uno más de 300 vistas,

fotografías grabadas é impresas con esmero
CADA TOMO 20 PESETAS

LITOGRAFÍA-ENCUADERNACIONES

hermenegildo Miralles, Editor

59, Calle de Bailén, 70

• BARCELONA •